

Todas esas cosas que
te diré mañana

Elísabet Benavent

Todas esas cosas que
te diré mañana



Papel certificado por el Forest Stewardship Council*



Primera edición: mayo de 2022

© 2022, Elisabet Benavent Ferri
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN:

Depósito legal: B-

Compuesto en Punktokomo S. L.

Impreso en xxxx

xxxx

SL

*Al Amor Hermoso Bar;
a todo lo que vivimos entre sus cuatro paredes.
A Víctor y a Ángel.*

1

Ahora entiendo todas esas canciones tristes

El cielo está plomizo. Es una de esas tardes de primavera en la que aún hace frío, pero se nota que esta mañana la gente no ha escogido la ropa en función al clima real, sino al que desearía. Las chicas calzan bailarinas sin calcetines (como debería ser siempre, si a alguien le importa mi opinión) y se ven muchas cazadoras vaqueras y pocas gabardinas. «Las gabardinas se hicieron para días como este», pienso. Aunque también estoy pensando en que los guapos se enamoran más. No me refiero a intensidad, sino a cantidad. Se enamoran más. Es posible que hasta sufran menos el desamor.

Se me amontonan los pensamientos; mi cabeza es un caos.

No me considero fea, tampoco guapa, la verdad. Tengo muchas cosas a mi favor, pero una belleza obvia y apabullante no es una de ellas. Supongo que podría decir que soy resultona. Una vez, en una reunión de trabajo, me describieron como una chica con un físico personal, con carácter. Es cierto que tengo algo que hace que la gente recuerde mi cara. Me suelen recordar, pero también puede ser por el hecho de que desde hace años soy una de esas personas francas que, sin rozar la mala educación, suelen decir la verdad si se les pregunta.

Decir la verdad con buenas formas y cuando se te pregunta es una revolución en nuestros días.

Él sí que es guapo. Lo pienso con pena y aparece en mi cabeza un hilo rojo que une esta idea a la anterior: los guapos se enamoran más. Es quizá por eso que el hombre con el que comparto mi vida me esté dejando.

Porque ha dejado de quererme.

Porque nuestro tiempo ha caducado.

Porque es muy guapo y, joder, los guapos tienen que repartir su amor entre muchas chicas y yo pretendo acapararlo.

Mi cerebro reptiliano, el más primitivo, el que ahora mismo creo que tendrá que cargar con toda la responsabilidad de poner en marcha el turbo en el instinto de supervivencia, duda. Tristán es resultón. El típico chico que no hace que vuelvas la cabeza si pasa a tu lado por la calle, pero al que te quedas mirando en el metro porque..., ¿qué tiene? De primeras no sabes materializar esa sensación en palabras. Es ese *je ne sais quoi* muy parisino, a pesar de que París lo conoce solo de visita. Después ya te das cuenta de que tiene demasiado. Tristán es un millojas delicioso en muchos sentidos, con muchas capas. Son las luces y las sombras lo que dan volumen y textura a su atractivo; son sus cosas malas las que dan sentido a las buenas y las hacen mejores. Tristán..., con el pelo espeso y negro peinado hacia un lado, sin raya como un repipi; con la sonrisa nerviosa y la sonrisa de seducción que, paradójicamente, se parecen demasiado. Con las manos de dedos largos. Con la boca de labios gruesos..., joder, qué gruesos. Con el cielo plomizo de esta tarde en Madrid metido en los ojos.

—Lo siento —dice.

Soy vagamente consciente de que no es la primera vez que oigo esta expresión, pero creo que no es hasta este mo-

mento que empiezo a entenderlo. Desde que me soltó: «Tenemos que hablar», todo lo que ha salido de su boca me ha sonado a esperanto. Y no lo hablo. El esperanto es una lengua muerta, joder, nadie la utiliza.

—Miranda..., de verdad..., lo siento.

Soy vagamente consciente (o empiezo a serlo) de que mi nombre ya no suena igual en sus labios. Mi nombre, que siempre ha tomado tantas formas en su boca: Mir, Miri, Miranda, cariño. Y ese «señorita» con ese punto tan sinvergüenza. Mi nombre ya no suena como si fuera un poco suyo. Lo que fuera que nos unía está roto para él.

—Necesito que digas algo, Miranda. —Cierra los ojos y aprieta con el nudillo de su dedo índice el hueco que se forma en el perfecto arco entre el nacimiento de su ceja y el lagrimal.

Si no lo conociera tan bien pensaría que está luchando por no llorar, pero es Tristán. No llora en público. Es Tristán, el contenido. Es Tristán, para el que los sentimientos se gestionan la mayoría de las veces a través de la cabeza. Cuántas veces envidié la relación entre su cerebro y su corazón. Esa sí que es la pareja más equilibrada que he conocido jamás.

—Te lo estoy suplicando —insiste.

—No sé qué quieres que te diga. Me estás dejando. Esto me ha caído encima como un jarro de agua fría.

—Eso es injusto. Llevamos mucho tiempo peleando.

—Peleando por arreglarlo —me defiendo.

—Peleando, al fin y al cabo —puntualiza él.

Nuestros ojos se encuentran un segundo, antes de que yo desvíe la mirada hacia la taza de té que no he sido consciente de tener agarrada en las manos.

—¿Es que ya no me quieres? —le pregunto.

Bufa. Bufa mirando al cielo, donde surcan a buena velocidad unas pesadas nubes grises muy espesas.

—Claro que te quiero. Por eso tenemos que dejarlo aquí...

—¿Me dejas porque me quieres? ¿Qué es lo siguiente? ¿Morirse de ganas de vivir?

El gesto de Tristán cambia. Es imperceptible para cualquiera, pero no para mí. Se está hartando, pierde cada vez más la paciencia y la fe.

—Vale, Miri..., esto no es un «no eres tú, soy yo», es un «seamos maduros y dejemos de hacernos daño». No podemos sostener algo que tiene una semana buena, dos regulares y una francamente mala. Te quiero y tú me quieres, pero elegir al otro por encima de otras cosas implica que seamos infelices y tienes que ser capaz de verlo. No nos lo merecemos.

—¿Esto es por lo de los niños?

Se aprieta el puente de la nariz. Sé de sobra que solo es parte del problema, pero en este instante lo único que sé es esgrimir esa arma. No sé por qué, tal vez siento que me hará ganar tiempo.

—Lo de los niños está ya muy hablado —suspira.

—Quizá el año que viene, Tristán. Quizá el año que viene yo..., yo pueda planteármelo. Estoy en un momento de mi carrera en el que quisiera disfrutar un poco más de la libertad y no tener cargas.

—Los hijos no son cargas —puntualiza y coloca los dos codos sobre la mesa—. Creo que este tema se vuelve más y más confuso para ti cuanto más lo hablamos.

—No es verdad. Es que...

—No voy a presionarte con eso. —Desvía la mirada. Ha tirado la toalla.

—¿Me dejas porque no he encontrado el momento para ser madre? —Y quiero hacerle muchísimo daño con esta pregunta, aunque sé que no se sentirá tan mal como yo ahora.

—Ya no sé cómo hacerlo. Tengo la sensación de que todo lo que hago y lo que soy te hace tremendamente infeliz. Estoy harto de tu trabajo. La verdad es que tu trabajo en la revista es peor que tener un bebé con cólicos, Miranda. Siempre necesita atenciones. Por su culpa, hemos pospuesto decisiones, vacaciones... Ya no soporto esta ciudad. Vine por un año... o dos. ¡Y llevo cinco! ¡Por ti! No puedo más. Y no quiero culparte de no estar a gusto, porque no te lo mereces. Estamos cansados, irascibles, enfadados... Ya ni follamos. Como mucho cada dos o tres semanas, y en un acto que se parece sospechosamente a cumplir el expediente. Siempre estás demasiado cansada para contarme tus cosas y yo no estoy aún lo suficientemente zombi ni alienado como para que me dé igual.

—Dejaré el trabajo —le suelto sin pensar.

Y cuando lo digo, miento. Nunca lo dejaría. La revista es parte de mi vida. Es mi pasión. Adoro mi trabajo como subdirectora. Tristán, que lo sabe, chasquea la lengua contra el paladar. Tengo la leve sensación de estar haciendo el ridículo.

—Miri..., sabes que nunca permitiría que dejases tu trabajo por mí. Te encanta. Y ¿sabes una cosa? Aunque estoy hasta los cojones de todo lo que implica, me das envidia. Siento celos. Yo también quiero sentirme así cuando suena el despertador y tengo que ir a trabajar. Me gustaría amar más cosas, además de a ti. Yo..., yo ya solo te quiero a ti. —A Tristán le falla la voz al final de la frase, pero se repone con un carraspeo que, muy a su pesar, no camufla el gemido de pena que hay detrás.

Aparta la mirada y golpea la mesa rítmicamente con el pulgar mientras se muerde el labio superior, esperando a que el nudo de la garganta se desate. En los minutos siguientes, ninguno dice nada. Es una cosa que no sale en las películas y

es difícil de explicar en los libros. Cuando una pareja se pelea, hay mucho silencio. Muchas pausas en las que no se dice nada mientras se grita por dentro. Hay minutos y minutos, violentos e incómodos todos ellos, en los que se entiende que, en realidad, nada de lo que se exprese servirá de salvavidas.

—No es sano —suelta por fin.

—¿Nuestra relación no te parece sana? ¿Desde cuándo?

Y ahora lo que siento es que soy un paquete de comida ultraprocesada y él un seguidor de Carlos Ríos. Soy unos Donettes.

—Desde hace un tiempo.

—¿Por qué?

—Porque discutimos mucho, hablamos poco y no nos entendemos nada. Ya no queremos lo mismo. No entiendo por qué uno de los dos tiene que salir siempre perjudicado.

Abro la boca para discutirlo, pero me freno porque sé que es absurdo. Ayer nos cabreamos por una tontería: uno de los dos había comprado las pechugas de pollo fileteadas en lugar de enteras; en realidad lo que pasaba es que ninguno de los dos tuvo cojones para abordar el tema de las vacaciones. Lleva un año pidiéndome que coja una excedencia de un mes para hacer un viaje largo. Yo no quiero ni puedo dejar la revista durante mucho tiempo y me frustra que no lo entienda.

—Me siento solo —confiesa—, sin espacio, ninguneado y ansioso. Tengo claro que tú no provocas voluntariamente ninguna de esas emociones, pero aún así... estoy cansado. Además, estás cabreada conmigo, como si nada de lo que yo te diera fuera en realidad suficiente.

—No estoy enfadada contigo. ¿Por qué dices eso?

Soy consciente, en una milésima de segundo, de que últimamente he pensado muchas más veces «este tío es tonto» al colgarle el teléfono, pero aparto la idea como si fuese un moscón.

—Esto me cuesta muchísimo —dice compungido—. Pero es como en aquella canción, ¿te acuerdas?, la de Mr. Kilombo: «Quiero que ames libre, aunque sea sinmigo».

—No me vengas con chorradas.

Tristán recoge sus cosas de encima de la mesa. Su móvil, el reloj, que siempre se quita cuando se sienta en la mesa conmigo, la cartera...

—¿Te marchas? ¿Me dejas con la puta palabra en la boca? ¿Vas a ser un cobarde de mierda?

Chasquea la lengua contra el paladar y me mira fijamente.

—No, pero como puedes comprobar, tú ya has decidido enfadarte conmigo por algo que no iba a hacer. Un buen ejemplo de lo que intentaba decirte.

—Eso es una tontería.

—Miranda, quiero dejar esta relación y tienes que respetarme, porque no sabes cuánta fuerza de voluntad me ha hecho falta para tomar esta decisión. Por favor, respeta que yo sienta que es lo mejor para los dos. Sí, me pongo en primer lugar frente a una relación que me da más noches en vela de las que debería. Permíteme que quiera ser sano. Y responsable. Porque yo te quiero, Miranda, y no deseo que nos odiemos. Me merezco las cosas con las que sueño. Y ahora, si me lo permites, me voy.

Se levanta y, sin mirarme, reparte las cosas entre los bolsillos de la chaqueta y los pantalones del traje con el que se siente tan disfrazado. Pienso en sus piernas fuertes envolviendo las mías en la cama. Pienso en el vello corto de su pecho rascándome la mejilla... Pienso, pero todo esto es un caos del que es imposible sacar ninguna idea más allá de que no me puedo creer nada de lo que acaba de ocurrir.

—Si te viene bien, pasará a recoger mis cosas por tu casa mañana por la mañana, mientras estés en la revista.

—No es mi casa —susurro.

—¿Qué?

—Que no digas «mi casa». Es nuestra casa.

Tristán contiene la respiración antes de responder.

—No, Miri, ya no lo es. Ahora es solo tu casa.

Me quedo esperando el beso de despedida, básicamente porque soy idiota y no he interiorizado la conversación. Me ha dejado. Tristán acaba de romper conmigo. Ha roto casi cinco años de relación y a mí lo que me indigna es que no me haya dado un beso al irse. Y mientras lo veo desaparecer entre la gente, me pregunto que qué coño ha pasado, quién soy, quién es este tío, qué voy a hacer y cómo voy a levantarme mañana por la mañana sabiendo que él ya no quiere vivir conmigo. Ni besarme al despedirse.

No me lo puedo creer.

Esto no ha podido pasar.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que él se ha marchado hasta que dejo un billete de cinco en la mesa y me levanto, sin preocuparme por si sobra o si falta dinero para pagar nuestras dos consumiciones.

El viento mueve a su paso por la calle los papeles arrinconados en las esquinas, las colillas y el pelaje de los perros que pasean por allí. Odio las cafeterías de la calle Fuencarral, porque son franquicias tristes con halógenos en el techo, pero hemos quedado en una de ellas; era el punto más cercano al trabajo de ambos. Agradezco que esto no haya tenido lugar en alguna de mis cafeterías preferidas, porque ya no podría volver. Ni en casa. Imagínate no poder volver a tu propia casa. Aunque no creo que pueda volver a ningún sitio. Creo que me estoy muriendo.

Camino abrazándome a mí misma y paso de largo la boca del metro. Avanzo con un ritmo incierto. Intuyo hacia dónde tengo que ir para volver a casa. A mi casa. Una casa que ya no

es de nadie más. ¿Y qué haré esta noche con sus cosas? Con su parte del armario, siempre ordenada. Con las sábanas, que aún huelen a él. Con el libro que está leyendo y que ha dejado en su mesita de noche. No puede ser. Esto tiene que ser una pataleta. Como aquella vez, ¿no?

No he avanzado ni un kilómetro cuando siento la primera gota. Cuando llego al portal, estoy empapada. Me castañean los dientes, pero mentiría si dijera que siento frío. Lo que noto es una bola caliente en medio del pecho que irradia un dolor intangible pero real hacia cada una de mis extremidades. Es un dolor fantasma que no sabría decir si aprieta, escuece, quema o apuñala. Es un dolor que asfixia, que me envuelve el pecho, que se agarra a mi cuero cabelludo con unas garras que me van a desollar. Una migraña de magnitudes faraónicas aguarda agazapada en mis sienes, como un animal salvaje. Soy una campista perdida en un monte lleno de osos hambrientos y rabiosos.

Ni siquiera puedo llorar. Llorar me ayudaría..., pero no puedo.

Me quito la ropa en el cuarto de baño y la dejo tirada en el suelo de azulejos blancos. Nunca me gustó porque en él se ven hasta los cabellos que voy perdiendo. Pero a él le encanta. Le encantaba, mejor dicho. La combinación de los azulejos pequeños con la grifería negra y los acabados de hierro de los cerramientos de la ducha fue una de las cosas que más le gustó de mi piso. Y la luz. Es un piso tan luminoso..., inversamente proporcional a cómo me siento yo. Ahora mismo soy más oscura que Sauron. Soy la Edad Media. Soy un ojete.

Me tumbo en la cama tal y como estoy. En bragas. Me tapo con el nórdico y me deslizo hacia su almohada con el corazón en un puño. La huelo. Su perfume... Cuando conocí

a Tristán su olor me creó sentimientos encontrados. Me parecía demasiado..., no sé. Apabullaba. Pensé que era el típico perfume que escogen tíos que se gustan demasiado. Tonte-rías, imágenes preconcebidas por trabajar donde trabajo, su-pongo. Me parecía que era el perfume que llevaría un tío de esos que solo quiere presumir de conquistas. Uno que no fue-ra especial. Uno sin estilo, pero con billetes en la cartera. Qué poco decía de él esa primera impresión... Siempre fue todo lo contrario.

Con el tiempo, entre otras cosas, ese olor intenso, den-so, con un toque exótico, ese olor a bergamota y vainilla me excitaba, me tranquilizaba, me hacía sentir en casa y a punto de dejar toda mi vida atrás para huir con él... Todo a la vez. Puto Tristán.

No es posible. Volverá. No puede ser. Me voy a morir sin él. Bueno, nadie muere de amor, pero yo voy a terminar dejándome ir con esta pena en el pecho. Un dolor de cabeza punzante y horriblemente cálido, palpitante, se instala sobre mis cejas.

Y ¿qué voy a hacer sin él?

¿Dónde van a ir todas las cosas que íbamos a ser? ¿Ya no somos «nosotros», hemos muerto? ¿Cómo puede morir algo que aún no ha nacido?

La factura del teléfono e internet está a su nombre. Tendré que hacer papeleo. Joder.

¿Cómo se lo voy a decir a mi padre? Lo adora.

¿E Iván? Iván me dirá algo tremendamente práctico como que «todo pasa por algo» o «jódete y baila, querida». Y yo me sentiré desgraciada porque mi mejor amigo no entenderá que me voy a morir. Porque esto que siento tiene que ser como cuando te estás muriendo, no me jodas.

¿Se lo habrá dicho ya a su familia? A su hermana seguro que sí..., y la muy cerda se habrá alegrado. Su hermana me cae

fatal y no me cabe duda de que le habrá envenenado la cabeza, diciéndole que soy demasiado independiente para él. Que voy de fuerte. Que nunca querré tener hijos y él será desgraciado con una vida que no escogió.

Dios. El dolor. Abro los ojos y un punto de luz que no debería estar ahí me ciega. Genial. Igual tengo un tumor cerebral. O los extraterrestres han escogido este instante para llevarme a su planeta. Los vuelvo a cerrar mientras la voz sensata de mi mente repite que es solo una migraña. Una puta migraña tremenda. La madre de las migrañas. Todo me da vueltas.

Mañana por la mañana tengo que pasarme por la sesión de fotos de portada. Y me verán esta cara de rata recién nacida. ¿No es mañana por la tarde la reunión trimestral con *publicity*? No tengo el chocho para escuchar cómo se repite una media de trescientas sesenta y dos veces la expresión «nuestros anunciantes» para justificar decisiones con las que seguro no estaremos de acuerdo desde contenido. Todo me parece un poco irreal. ¿Es esta mi vida? ¿Son esas las cosas «importantes»? No concibo tener que levantarme mañana con la visión de esta realidad que está atada a la planta de mis pies.

Mañana Tristán vendrá a por sus cosas.

No. Necesito hablar con él. Hay tantas cosas que no le he dicho. Hay tantas cosas que no he sabido formular. Ni hoy ni en los últimos meses.

¿Y si digo en el trabajo que estoy enferma?

Sí. Le esperaré aquí. Y le diré cuánto lo quiero. No me ha dado la oportunidad de decírselo. Le explicaré que no puede dejarme. Que no se abandona a la persona a la que amas. Que es el amor de mi vida, como yo lo soy para él. Le recordaré todos nuestros planes. Como lo de empezar a comer menos carne, comprar más plantas o ahorrar para viajar a Japón.

Prometeré quejarme menos, cocinar más, no ser esclava de la revista, pensar en nosotros. Sí.

Sí.

Mañana le diré todas esas cosas. Y verá que tengo razón. Y se quedará.

Con un poco de suerte este horrible dolor de cabeza habrá desaparecido ya.

Maldita Adele. Ahora entiendo todas esas canciones tristes.